

El papel de los valores morales hoy

Carlos Sanmartín Catalan

Resumen: El propósito de este trabajo es delinear la conexión entre la noción de valor moral, explicitada y sistematizada en la filosofía de Max Scheler, y perfeccionada, en mi opinión, en la filosofía de Zubiri, especialmente a la luz de la noología que compuso en su época tardía, y la noción de cordialidad desarrollada por Adela Cortina en su teoría de la ética cordial. Nuestro propósito es explicitar, hacer emerger las conexiones entre ambas nociones, de modo que se comprenda la importancia de los valores en el ámbito moral.

Introducción

El positivismo, imperante hoy, considera a los valores materia puramente subjetiva, no rigurosa. La compleja polisemia del término (Cruz, 2008: 99) ha animado también la sospecha de subjetivismo.

Hubo quien, no obstante, dejó constancia de la impostergable importancia del valor para un modelo moral. Encauzando este impulso, surge el modelo de “ética cordial”, que trae a primer plano la importancia del valor. Nuestro propósito es ahondar en este terreno. Y para conseguirlo procederé en tres pasos.

En primer lugar, me centraré en el contexto de la filosofía zubiriana. Tomando prestada la expresión de Diego Gracia, será necesario *exceder* al mismo Zubiri para alcanzar este objetivo.

En segundo lugar, convendrá hacer un breve excursus acerca de la emoción y el sentimiento, en un sentido fisiológico, en completa consonancia con la filosofía zubiriana.

En tercer lugar, introduciré la cuestión de la *ética cordis*, la cuestión de la cordialidad, la necesaria virtud cardíaca que permite la articulación de cualquier sistema moral.

1. Inteligencia y sentiencia

Zubiri tiene el empeño de no disgregar el esencial vínculo que existe entre el modo humano de aprehender la realidad, y la realidad misma como aquello en lo que se

inscriben los actos de conocimiento del ser humano. Lo que en Ortega y Gasset es perspectiva, la platea del espectador cósmico, en Zubiri es la fundacional unión entre las facultades humanas de actualización de lo real, siendo la más recurrente la inteligencia, y la inamisible realidad en que el ser humano se encuentra inmerso, por descontado con referencias sólidas. Y la primera circunstancia de ese contexto, no en el orden genético, sino en el formal es, precisamente, la sentiencia del ser humano, la sentiencia del ser que aprehende la misma realidad. No hay inteligencia sin sentiencia, precisamente porque los sentidos ofrecen la base y el contexto en el que la inteligencia se mueve. Son su *datum* (Zubiri, 1983: 32).

El modo en que Zubiri trata de aunar ambas dimensiones humanas recuerda a la crítica de Scheler al formalismo kantiano: estos modos de formalismo parecieran dibujar hombres sin sangre en las venas, hombres que, de existir, sin duda llamaríamos monstruos (Scheler, 2001: 119). Con lo precisa o injusta que pueda ser la crítica de Scheler, lo cierto es que pone al descubierto un problema esencial de la reflexión filosófica que todavía hoy seguimos padeciendo: la ausencia del valor como elemento decisivo en la comprensión humana, o su presencia en mera subjetividad.

Porque ocurre que la realidad, además, no es *sujeto* de ningún modo, una noción aristotélica que, a juicio de Zubiri, debería desestimarse por impedir el adecuado acceso a lo que es la realidad misma (Zubiri, 2001: 64). La realidad es una dinamicidad móvil que debe entenderse como constructo (Zubiri, 2001: 67), constructos de una unidad que es operativa, efectiva, en sus notas. La aprehensión primordial de realidad es, en fin, una reflexión zubiriana de riqueza inagotable, y el auténtico concepto sobre el que pivota la fecundidad de su propuesta (Pintor, 1994: 268).

Que la realidad no mero sea sujeto, sino sistema, implica por principio toda una nueva serie de consideraciones acerca de su constitución misma. Zubiri ya no comprende como un problema el hecho de que pueda haber perspectivas enfrentadas con respecto a la aprehensión de una misma cosa real. A fin de cuentas, no hay sujeto ni aspecto monolítico que subyazca a la cosa real, sino que hay sistema dinámico, y solo puede comprenderse por libre opción, es decir, por vía de una construcción que no puede llevarse a cabo más que escogiendo aquello desde lo que se comprende la cosa que se inquiere.

Por descontado, esta consideración no afecta a lo que las cosas son en sí mismas, sino a lo que son en respectividad a nosotros, que aprehendemos las cosas como

realidades modalizadas (Zubiri, 1992: 229). Este es el quicio en el que se articula la realidad con los valores, donde Zubiri plantea su noción de valor.

Pero no podemos hablar precipitadamente de cohesión sin trazar una relación más desarrollada con lo expuesto anteriormente. La pregunta que cabe hacer ahora es clara: ¿y qué es un valor para Zubiri? Conviene recordar que la inteligencia es un modo de aprehensión, el elemental a juicio de Zubiri (1992: 221), pero no el único.

2. Valor y sentimiento

Es necesario recordar la noción de valor de Ortega y Gasset, que considera que el orden del valor es paralelo y tan relevante como el del ser (Ortega, 2007: 711).

Esta noción la recoge Ortega de la fenomenología de Scheler para construir una definición operativa, alcanzando su ya célebre definición: el valor es aquello digno de ser deseable, y que es objetivo y esencial en la vida humana.

El carácter de estas se mantiene como evidente en cualquier clasificación actual (Zancajo, 2005: 5). Zubiri establece una barrera completamente permeable hacia la inteligencia, que se ve modificada por la realidad sin modificar esta misma realidad por su mera acción (Zubiri, 1992: 228). Esto ataca directamente el supuesto de que el valor es meramente subjetivo. Lo decisivo es la crítica de Zubiri a la tesis scheleriana.

Para Scheler, los valores son perfectamente separables de las propiedades reales en las que los encontramos (Scheler, 2001: 57) precisamente porque los valores no son ninguna propiedad concreta presente en los bienes: las propiedades valiosas son objetos ideales que se realizan en los bienes en que los encontramos (Scheler, 2001: 67), y es a través de los actos de valoración como conocemos el mundo (Scheler, 1934: 131).

La idealidad de los valores se resuelve en la realización, bien mediante la aprehensión inmediata, bien mediante la actuación del individuo para realizarlos, una actuación que es mimética (Gomá, 2015: 588), y es en este quicio, de misteriosa diversidad entre el valor y lo real, donde se articula la noción de Zubiri.

Recordemos que, para Zubiri, lo primario es siempre la realidad, como determinación factual (Zubiri, 2001: 92). Su crítica en *Sobre la realidad* a Husserl, Heidegger y Sartre por el olvido de la sentiencia constituye un intento por mostrar lo básico e inamisible de la realidad, la necesidad que tiene la inteligencia de apoyarse en este “residuo” para cualesquiera posteriores “reactualizaciones”.

En cualquier caso, si el valor ha de tener alguna influencia en nuestras vidas, si ha de ser objetivo, como Ortega exigía, entonces debe encontrarse en la realidad, que es lo único que nos impresiona y nos sirve de soporte en nuestro haber.

Y es por este preciso motivo que Zubiri concluyó que es inadecuado llamarlo meramente “valor”, no porque no existan (Zubiri, 1991: 215), sino porque es conveniente explicitar su físico vínculo con las cosas.

Conviene ahora destacar dos puntos centrales de la reflexión zubiriana.

En primer lugar, diferencia las cosas estimadas de aquellas sobre las que no recae el acto de estimación: esta diferencia toma cuerpo en la “cosa-realidad” y en la “cosa-sentido”. La estimación requiere un ser capaz de estimar, para el que esas cosas-sentido prefiguren diferentes posibilidades de acción vital. Esto significa que los valores son actualizaciones de la realidad en la aprehensión de un sujeto, por lo que dependen tanto de las propiedades de la realidad misma, como de la libre configuración que el sujeto disponga en ellas.

En segundo lugar, y retomando ahora un hilo que dejé al final del primer epígrafe, resulta evidente que la dimensión sentimental del ser humano tiene mucho que decir. Así parece entenderlo Zubiri cuando desarrolla las nociones de “voluntad tendente” y “sentimiento afectante” (Zubiri, 1992). Tal como apunta Diego Gracia (2011), al inicio de su obra, Zubiri mismo no distinguía entre sentimiento y volición, pero la reflexión le fuerza a abrir un espacio para el sentimiento.

En efecto, Zubiri nunca le cuestiona a Scheler la aprehensión del valor por el sentimiento. Y, de nuevo, nos topamos históricamente con un problema de polisemia (Depraz, 2012: 43), que Zubiri resuelve en lo “estético”.

Zubiri define el sentimiento como un “modo de estar acomodado tónicamente a la realidad” (Zubiri, 1992: 335): “desde el punto de vista de la realidad que en todo sentimiento se actualiza, no hay más que dos sentimientos: fruición o gusto y disgusto” (Zubiri, 1992: 340), hay aquí ya *dualidad*.

La estimación capta lo real sobre la línea de una dualidad, y la aprehensión primordial de realidad no es dual sino compacta. Es lógico dado que, a juicio de Diego Gracia, la estimación sea equiparable al logos en este acto de discernimiento (Gracia, 2011: 80): la estimación actualiza una realidad en condición, con respecto a los actos vitales de un ser humano (Zubiri, 1992: 229). El bien de las cosas es su capacidad de las cosas para promover el bonum del hombre.

Por un lado, la reflexión acerca de los valores lleva a una vertiente eminentemente práctica, como con acierto vio Gracia (2011: 82). Sobre esto incidiremos más tarde.

Pero esto trae una conclusión sobre la que incidiremos a continuación: si la estimación es equiparable al logos, lo ha de ser también por causa de la libertad de acción que hay incluida en toda aprehensión dual. ¿Cuáles han de ser los modos de esta creatividad?

3. La cordialidad

Para dar este paso, hemos de exceder a Zubiri, y en este caso concreto, optaremos por dirigirnos hacia la obra de Adela Cortina.

Los modelos de ética subjetivistas están condenados al fracaso, nos dice Cortina, y también los que pretenden una pura objetividad dogmática, incuestionable por pretendidamente evidente (Cortina, 2007: 19). La única vía para salir airoso es trabajar activamente en la vía intersubjetivista, y es por esto que se reconoce el gran valor de las éticas procedimentales, especialmente de la reflexión habermasiana.

Sin embargo, no basta el desentrañamiento de un procedimiento racional para captar lo moral que subyace a todo acto comunicativo y elevarlo a canon procedimental. No bastan las razones para alcanzar la motivación.

Para alcanzarla, es necesario asomarse a este lado del motivo: comprender que la reflexión intersubjetiva sobre la justicia de una norma es valiosa, tiene algo de valor. Si carecemos de un motivo para seguirlo, el procedimentalismo no supera el ámbito de la pura estética (Cortina, 2007: 24).

Si esta “moción moral” no ha de partir del exterior, porque entonces estaríamos ante un caso de flagrante heteronomía, entonces solamente puede venir del individuo, pero es claro que no puede hacerlo desde el mero razonamiento. En esto, la neurociencia, en este caso de Damasio, es bastante clara:

Probablemente, las estrategias de la razón humana no se desarrollaron, ni en la evolución ni en ningún individuo aislado, sin la fuerza encauzadora de los mecanismos de regulación biológica, de los que la emoción y el sentimiento son expresiones notables (Damasio, 1995: 22).

Ocurre que la razón, a fin de cuentas, no es pura: siempre parte del cuerpo (Conill, 2013: 94). Damasio, en el contexto de la valoración emocional habla del “segundo cerebro” en que consiste el complejo neuronal que se extiende por el tubo digestivo (Damasio, 2018: 190).

A juicio de Damasio, los sentimientos poseen tal relevancia que son parte constituyente del proceso de formación de la conciencia del “yo” (Damasio, 2013: 126). Tampoco en el terreno de la economía conductual, puede esclarecerse el proceso racional sin recurrir al “sistema 1” (Kahneman, 2011: 20), de rápida decisión, involuntario e irreflexivo.

Ocurre que la neurociencia y la biología nos ponen sobre la pista de un hecho irrebutable, y es que el haber humano se resiste a la reducción a factores causales biológicos (Cortina, 2010: 140). En este orden Damasio habla de valoración incluso en el caso de las operaciones vitales más básicas (Damasio, 1995: 260).

Ya Zubiri nos advierte de la importancia de esta basicidad corporal del individuo: poseemos un sentido que consiste en percibirse internamente, como es la “cenestesia” (Zubiri, 1998: 108), y es precisamente en la intimidad allí donde se incardinan todas las operaciones de la persona: experimentar las cosas y a los demás es, también, experimentar a mí mismo (Zubiri, 2005: 161). Tanto los sentimientos como la libertad para apropiarnos posibilidades, y por tanto la constitución misma del valor, son inseparables de la cuestión de la intimidad (Conill, 2016: 795).

Y no abandonamos la corporalidad en esta reflexión: “cordial”, señala Cortina, viene de “cordis”, de *corazón* (Cortina, 2007: 22). En última instancia, lo imprescindible es alcanzar “conciencia de deberes que mandan universal y necesariamente, porque justamente es ese tipo de deberes el que alcanza a la humanidad en cuanto tal” (Cortina, 2007: 117), porque nos movemos también en el ámbito de la Alianza, y no solo en el Contrato (Cortina, 2001: 47), lo que, curiosamente, no parece alejarse del pensamiento de Zubiri: Pintor Ramos señala, a propósito del concepto de religación, la constitución esencialmente abierta de la persona (Pintor, 2015: 97). Si bien esto es aplicable a toda otra realidad, la inteligencia del hombre lo cualifica para que fácilmente esta apertura nos lleve a la reciprocidad.

Esto nos lleva de vuelta al valor: este vértice es el lugar donde se encuentran las exigencias morales y la teoría del valor que analizamos hasta Zubiri. No resulta extraño, porque Zubiri mismo anticipó cierta síntesis entre los actos de aprehensión de la realidad a la que llamó “recubrimiento” (Zubiri, 1998: 107) Esto ha abonado la

hipótesis de una posible apertura del inteccionismo zubiriano al ámbito moral por vía, precisamente, de la fruición que puede recubrir a la inteligencia, como sostiene Pose Varela (2009: 287)¹.

A este respecto, Cortina mantiene una relación entre el valor y el gusto que parece mantenerse en la órbita de una filosofía zubiriana (Cortina, 1999: 30).

La cuestión de los valores es, pues, una cuestión, no sólo de intuición personal, de captación personal del valor, sino también de cultivo de las predisposiciones necesarias para apreciarlo, para degustarlo. (Cortina, 1999: 26).

Es forzoso sostener aquí, como atinadamente hace Gracia, que no cabe otro camino que la construcción (2011: 85).

Para conocer lo real, es necesario figurárselo, cruzar la irrealidad (Zubiri, 2005: 125). El *prius* que corresponde a la inteligencia la hace, a mi juicio *primus inter pares* (Zubiri, 1998: 283), sin que ello signifique que los demás actos son mero subsidio de la inteligencia (Zubiri, 1992: 342).

Y es necesario cuidar la creación para que no devenga en aberración (Cortina, 1999: 31). Resulta especialmente interesante el test que Cortina propone para probar la contextura moral de los valores: ¿son estos universalizables? Si no lo son, habremos de concluir que no son morales, porque comprendemos que su pérdida no lesiona a la persona en tanto que humana. A mi juicio, cabría reflexionar sobre este criterio, porque escapan a él algunos valores que son claramente morales, como el valor del sacrificio, pero no es este lugar para esa reflexión.

Dado que los valores son reales, y no teóricos, que son *operativos*, es muy sencillo dar el siguiente paso y plantear una adecuada educación en valores, como propone Diego Gracia (2011: 171). Precisamente porque los valores son, no solo consustanciales al hombre, como sostenía Cortina, sino básicos y aún elementales para el correcto funcionamiento de la vida (Damasio, 1995: 260), es conveniente cultivar el gusto por ellos para que no se vuelva grosero.

¹ Sin embargo, no me parece correcto su enfoque de la cuestión, que termina por hacer de la estimación una intección modalizada (Pose, 2009: 288).

Conclusiones

Los valores morales, aunque desatendidos y silenciados durante gran parte de la historia de la filosofía, son componentes irrenunciables de la vida humana, y conviene ser consciente de su articulación desde varias perspectivas.

En primer lugar, la corrección zubiriana de las pretensiones subjetivistas e idealistas, capaz de formar una síntesis entre inteligencia y sentiencia. Esta noción nos condujo al análisis de los valores como pendientes de la realidad, de las propiedades de esta realidad en respectividad a los “actos vitales” del sujeto que la estima, y por tanto, a la constatación de que los valores no son mera materia de un gusto subjetivo y sin contextura rigurosa.

En segundo lugar, desarrollamos el sentimiento, que capta este valor, para alcanzar la noción de la *cordialidad*, necesaria para incluir el valor en cualquier propuesta moral, como el punto de partida, como la moción moral imprescindible para interesarse por la justicia de las normas y por su conservación, haciéndonos entender que nos encontramos en un vínculo irrenunciable con el resto de personas, un vínculo nos obliga, un vínculo que debe ser tomado en cuenta si se quiere argumentar en filosofía moral con rigor.

Esta reflexión nos devolvió a los valores, ya no simplemente como una clarificación, sino en conexión con una praxis, en la que se revela como necesaria una educación constructiva en los valores.

Bibliografía

- Conill, Jesús (2013). Neurorracionalidad práctica y valor biológico. *Daimon: Revista de filosofía*, 59, 89-102.
- Conill, Jesús (2016). La intimidad corporal y sus bases neurobiológicas. *Pensamiento, Revista de Investigación e Información Filosófica*, 72(273), 771-788.
- Cortina, Adela (1999). *El mundo de los valores*. Editorial El Buho: Bogotá.
- Cortina, Adela (2001). *Alianza y contrato*. Madrid: Trotta.
- Cortina, Adela (2007). *Ética de la razón cordial*. Oviedo: Nobel.
- Cortina, Adela (2010). Neuroética: ¿Las bases cerebrales de una ética universal con relevancia política? *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 42, 129-148.
- Cortina, Adela (2011). *Neuroética y neuropolítica*. Madrid: Tecnos.

- Damasio, Antonio (2013). *En busca de Spinoza*. Barcelona: booket.
- Damasio, Antonio (2016). *El error de Descartes*. Barcelona: booket
- Damasio, Antonio (2018). *El extraño orden de las cosas*. Barcelona: Destino.
- Depraz, Natalie (2012). Delimitación de la emoción. Acercamiento a una fenomenología del corazón. *Investigaciones fenomenológicas: Anuario de la Sociedad Española de Fenomenología*, 9, 39-68.
- Gracia, Diego (2011). *La cuestión del valor*, Ponencia en la Real academia de Ciencias Morales y Políticas, Madrid.
- Gomá, Javier (2015). *Imitación y experiencia*. Madrid: Taurus.
- Kahneman, Daniel (2012). *Thinking, Fast and Slow*. Reino Unido: Penguin Books.
- Ortega y Gasset, José (1981). *Unas lecciones de metafísica*, Madrid, Revista de occidente en Alianza editorial.
- Pérez, Cruz (2008). Sobre el concepto de valor. Una propuesta de integración de diferentes perspectivas, *Bordón. Revista de pedagogía*, 1 (60), 99-112.
- Pintor, Antonio (1994). En las fronteras de la Fenomenología: la noología de Zubiri. *Cuadernos salamantinos de filosofía*, 21, 245-284.
- Pintor, Antonio (2015). Desarrollo del concepto de religación en Zubiri. *Cuadernos salamantinos de filosofía*, 42, 85-129.
- Scheler, Max (1934). *Ordo Amoris*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza editorial.
- Scheler, Max (2001). *Ética: nuevo ensayo de fundamentación de un personalismo ético*. Madrid: Caparrós.
- Zancajo, José (2005). El valor moral: Reflexiones en torno a un concepto difuso. *Cuadernos Unimetanos*, 3, 2-8.
- Zubiri, Xavier (1983). *Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza.
- Zubiri, Xavier (1992). *Sobre el sentimiento y la volición*. Madrid: Alianza.
- Zubiri, Xavier (1998). *Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza.
- Zubiri, Xavier (2001). *Sobre la realidad*. Madrid: Alianza.
- Zubiri, Xavier (2002). *Inteligencia y logos*. Madrid: Alianza.
- Zubiri, Xavier (2005). *El hombre: lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza
- Zubiri, Xavier (2006). *El hombre y la verdad*. Madrid: Alianza